

NUEVOS DESAFÍOS EN LA ERA CIBERNÉTICA*

*Daniel Innerarity***

Introducción

Con el advenimiento de la era cibernética, la tecnología, así como la filosofía que la rodea, ha pasado de una posición marginal en el mundo académico a convertirse en un campo de estudio valioso y que invita a la reflexión. Diversas áreas del conocimiento, como la Sociología y el Derecho, han buscado determinar los impactos e influencia de los nuevos dispositivos, sistemas y dinámicas que han pasado a desempeñar un papel protagónico en todos los ámbitos de la sociedad. La aparición de nuevos objetos de debate, como la Inteligencia Artificial (IA), y las nuevas discusiones que involucran viejos objetos como el papel del Estado y el concepto de soberanía en estos nuevos tiempos, ha motivado muchas de las reflexiones que centran las preocupaciones que surgen en el campo de las Ciencias del Estado. Aunque se trata de un desafío reciente, tal actividad ciertamente tiene un valor inconmensurable para todos los que anhelan comprender los nuevos paradigmas del mundo en que vivimos. Por esta razón, la Revista de Ciencias del Estado decidió asumir el desafío de recuperar las discusiones que involucran tecnología y Estado en el dossier Estado y soberanía en la era cibernética.

En este sentido, la entrevista realizada con el Maestro Daniel Innerarity, que continuará en las próximas páginas, nos trae notas, preguntas y reflexiones para pensar sobre los misterios y desafíos de los tiempos digitales. Profesor de la Universidad del País Vasco, catedrático de Filosofía Política y Social, nuestro entrevistado es considerado uno de los 25 grandes pensadores del mundo por la revista francesa *Le Nouvel Observateur*. Se diseñó para abordar el tema de la contemporaneidad de una manera única. En su opinión, el Estado enfrenta problemas con el avance tecnológico global, especialmente cuando se trata de la velocidad con la que se han estado sucediendo los cambios. En general, considera que existe una dificultad extrema para que el Estado controle simultáneamente las nuevas tecnologías y las integre a la sociedad. La burocratización de los procesos jurídicos, sociales y políticos hace que el Estado pase de ser un motor de dinamización de la sociedad moderna a una pieza

* Entrevista redactada por Theo Augusto Apolinário Moreira Fonseca Apolinário, Lucas Antônio Nogueira Rodrigues y Pedro Luiz de Jesus Beletabla Bravo.

** Universidad del País Vasco, España.

disfuncional e improductiva, un símbolo de retraso cuando debería ser un indicador del futuro.

Ahora bien, agradecemos inmensamente la generosidad del profesor Daniel Innerarity, que iluminó nuestro dossier con sus conocimientos y nos provoca deleitarnos con sus estudios de Filosofía de la Tecnología. Deseamos a los lectores una excelente lectura y que las siguientes páginas puedan revelar algunas de las preguntas e inquietudes que rodean a la actual era cibernética.

Entrevista

Revista de Ciências do Estado: La tecnología nos ha permitido aprovechar mejor nuestro tiempo y ha reducido nuestras distancias, haciendo la vida más práctica. A primera vista parece lógico que esta practicidad nos proporcionaría más ocio y más tiempo para el arte, la filosofía y la contemplación, pero no es así. ¿Qué explica esta paradoja entre tecnología y tiempo? Es decir, ¿por qué el desarrollo tecnológico no nos ha ofrecido más libertad?

Profesor Doctor Daniel Innerarity: Es una paradoja, efectivamente, que la tecnología nos libere de tareas y nos someta a nuevas constricciones. Pienso que esa paradoja se puede explicar con el concepto de conexión. La hiperconectividad ha modificado todos los aspectos de nuestra vida, la cultura y la educación, la economía y la política. En el plano personal la conectividad ha sido considerada como un multiplicador de las oportunidades vitales. El estado de conexión permanente se ha convertido en nuestra normalidad cotidiana individual y también en fuente de riqueza para las sociedades. La posibilidad de conectar nos ha librado de las constricciones de la proximidad y la sincronización. El creciente tráfico digital, como ya ocurrió antes con el comercio, las comunicaciones y el transporte, hace posible el acceso a la información y también al consumo de bienes que nos llegan desde cualquier sitio.

El mundo se nos ha transformado en una realidad disponible y los lugares en accesos. Desde el punto de vista de su configuración tecnológica, la hiperconectividad se ha convertido en una infraestructura universal de la vida contemporánea o, tal vez mejor, meta-infraestructural, en el sentido de que todas las infraestructuras dependen de ella. Pero la conectividad, como la globalización, también tiene sus perdedores y representa un fenómeno que no está exento de ambivalencias, que nos fortalece y hace vulnerables al mismo tiempo.

Hace tiempo denunciábamos que había unos perdedores de la globalización y ahora cabe hablar también de la hiperconectividad y sus descontentos. Tampoco se han cumplido las promesas de distribución del poder y el espacio supuestamente abierto e igualitario se ha llenado de nuevos intermediarios y concentraciones de poder. Donde mejor se percibe esta ambivalencia es en el ámbito de la economía y el comercio. Las posibilidades de comerciar globalmente y procurarse la energía desde cualquier sitio implican a su vez una dependencia que en determinadas ocasiones puede suponer un riesgo excesivo. Lo vimos con la crisis de los microprocesadores, que pusieron de manifiesto hasta qué punto el desarrollo de nuestra industria dependía del suministro de unos elementos tan decisivos, de tal manera que, en última instancia, el poder — militar, económico y geopolítico — depende de ellos. Virtualmente todo conecta con todo: coches, teléfonos, el mercado bursátil e incluso la red eléctrica. Los países productores de chips nos condicionan de una manera similar a como hasta ahora lo han hecho los productores de petróleo. El poderoso comercio mundial manifiesta una inquietante fragilidad. La cuestión inquietante se podría sintetizar en la pregunta acerca de cómo resolvemos los problemas generados por el exceso de conexión sin poner en peligro las enormes ventajas de un mundo interconectado.

Revista de Ciências do Estado: Ante el rápido desarrollo de las tecnologías, es cada vez más difícil seguir, con la debida atención y cautela, las innovaciones y la forma en que encajan en nuestra vida privada y en la vida pública. En otras palabras, parece haber un desajuste entre la velocidad de la producción tecnológica y la burocracia y lentitud de los procedimientos estatales de deliberación, toma de decisiones y administración. Ante este panorama, ¿cómo podemos legislar sobre el desarrollo tecnológico con estructuras de poder incapaces de hacer frente a esta velocidad?

Profesor Doctor Daneil Innerarity: Hay un claro desajuste entre la velocidad de la innovación tecnológica y la lentitud de nuestros procedimientos de deliberación democrática y regulación política. Los estados son demasiado lentos en relación a la velocidad de las transacciones globales. La formación, la política y el derecho no aguantan el ritmo del mundo globalizado. Sus instituciones pierden progresivamente capacidad de configuración sobre los procesos de aceleración técnica y social. Gobernar se convierte en un problema. Bajo la complejidad de las exigencias de decidir y la presión mediática de

inmediatez, las instituciones políticas ven reducida su esfera de influencia, en el mejor de los casos, a la reparación de los daños generados por el sistema económico y tecnológico.

El sistema político se encuentra ante un grave dilema. Por un lado tiene que adaptarse al desarrollo acelerado de la ciencia y la técnica para integrar sus innovaciones en el sistema social, pero por otro no está en condiciones de seguir la velocidad del saber producido. Mientras que la técnica sigue un curso enormemente acelerado, la velocidad de los procedimientos políticos está limitada por sus procedimientos. Esta es la razón por la cual el Estado, que surgió como un elemento dinamizador de las sociedades modernas, aparece hoy como una figura de la ralentización social. Las administraciones, la burocracia, los parlamentos, se presentan como paradigmas de lentitud, ineficiencia e inflexibilidad. Todos los procesos de desburocratización o descentralización están motivados por esta presión para acelerar las decisiones de las administraciones públicas. Esta búsqueda desesperada de eficacia explica también el desplazamiento de los procedimientos de decisión desde los ámbitos de la política democrática a otros escenarios más ágiles, pero menos representativos y democráticos. Como ejemplos de todo ello puede mencionarse el auge de las comisiones de expertos, mejor equipadas con los imperativos de la velocidad que los parlamentos; las dificultades de que el legislativo controle efectivamente al poder ejecutivo, a causa de la diferente agilidad de uno y otro; el hecho de que las cuestiones políticamente controvertidas se desplacen hacia organismos con mayor capacidad de decisión (judicialización de la política) o a la auto-regulación de la sociedad civil (desregulación económica); a nivel internacional las decisiones se trasladan a grupos de expertos o de interés no legitimados democráticamente, pero mucho más ágiles que las conferencias de Estados.

Aunque haya una buena justificación para corregir esta lentitud del sistema político, el problema que se plantea es si de este modo se fortalece la capacidad de intervención del sistema político o se desnaturaliza. La política tiene siempre un elemento de “ocio”, de libre discusión y deliberación, que está reñido con las exigencias de la toma de decisiones, pero que tampoco podría suprimirse sin poner en peligro la legitimidad y racionalidad de dichas decisiones.

Revista de Ciências do Estado: Nos gustaría debatir un poco sobre la relación entre el desarrollo tecnológico y el conocimiento. Nos parece que nunca antes en la historia se ha tenido tanta información, pero tampoco hemos estado tan alienados. El exceso de información se ha convertido en un obstáculo para la educación y existen varias

formulaciones sobre este fenómeno contemporáneo: sociedad de la información o del conocimiento; sociedad de consumo; modernidad líquida; modernización reflexiva; sociedad del espectáculo; sociedad del riesgo; hipermodernidad; cultura de simulacro; sociedad de la incultura, o incluso, como usted bien la describe, una sociedad de la ignorancia. Por lo tanto, conscientes de esta problemática, ¿cómo pueden actuar las Universidades, como incubadoras y emanadoras de conocimiento, ante este exceso de información y desconocimiento?

Profesor Doctor Daniel Innerarity: El problema fundamental de la sociedad del conocimiento es que, asombrosamente, nos hace a todos un poco más tontos; el contraste de lo que sabemos con lo que se puede y, sobre todo, con lo que se debe saber es tan fuerte que más valdría denominarla como sociedad del desconocimiento. Entre las incómodas desproporciones de nuestro mundo está una ignorancia muy propia de la sociedad avanzada, que es producida por el exceso de información y que se califica con neologismos como “infobasura” o “infoxicación”. La especialización y fragmentación del conocimiento han producido un incremento de información que va acompañado de un avance muy modesto en lo que se refiere a nuestra comprensión del mundo. El saber de la humanidad se duplica cada cinco años. En relación con el saber disponible, cada vez somos menos sabios. En este contexto la función de la universidad es proporcionar a una sociedad el saber nuevo que necesita para hacer frente a sus problemas. El saber que necesitamos no es el saber antiguo, acumulado e irreflexivo, sino el saber *nuevo*. Lo que está teniendo lugar es un cambio de énfasis que nos hace pasar de la aplicación del conocimiento *existente* a la creación de *nuevo* conocimiento.

Revista de Ciências do Estado: El avance de la inteligencia artificial nos está obligando a repensar y redefinir nuestra propia concepción de la inteligencia humana. Creamos la tecnología y la utilizamos a nuestro favor siempre que nos enfrentamos a problemas que implican la coordinación y organización de una gran cantidad de datos y cuando tenemos un objetivo claramente definido. Si bien los dispositivos tecnológicos pueden facilitar la implementación de objetivos definidos democráticamente, nos parece claro que hay cuestiones que deben ser tratadas políticamente y no por una simple agregación algorítmica. En este sentido, ¿cómo conciliar la inteligencia artificial con la inteligencia humana? ¿Es posible equilibrarlas o debemos dejar que uno de ellas tenga la última palabra?

Profesor Doctor Daniel Innerarity: La cuestión no es saber cuándo se producirá la anunciada superación y en virtud de qué principio puede hacerse tal predicción, ni siquiera si se trata de algo deseable, sino de qué tipo de inteligencia estamos hablando, porque tal vez haya un equívoco desde el comienzo. Puede ocurrir que no haya rivalidad, competencia o amenaza de sustitución porque en última instancia se trata de dos inteligencias diferentes. La inteligencia artificial únicamente simula algunos aspectos concretos de la inteligencia humana, pero no lleva a cabo todas las tareas de la inteligencia humana, que no es solo cálculo y rapidez sino también comprensión y reflexión. Los anunciadores del futuro *sorpasso* no están hablando de la inteligencia integral sino de las capacidades analíticas de la inteligencia instrumental, desde una epistemología estrechamente empírica, calculadora y que ignora el contexto histórico de la vida humana. Así pues, más que ante un nuevo capítulo de la inteligencia artificial, estaríamos ante un nuevo desafío para la inteligencia *humana*.

La gran pregunta que esto nos plantea no es tanto cuáles son los límites de la inteligencia artificial sino en qué consiste propiamente la inteligencia de los humanos. Desde el punto de vista epistemológico la gran cuestión no es si la inteligencia artificial es una mera prótesis cognitiva, una obnubilación de la razón o una habilidad irreflexiva; lo más interesante es que se trata de un conjunto de tecnologías que nos están obligando a redefinir qué significa conocimiento en este nuevo contexto. Aquí nos topamos con el célebre “teorema de Tesler” o “la maldición de la inteligencia artificial”: cada vez que la inteligencia artificial hace algo inédito decimos que eso no es propiamente humano, sino solo cálculo, probablemente porque sabemos que la inteligencia humana no es algo específico, una función definida, mecánica o biológica, ni siquiera el conjunto de nuestras capacidades. La capacidad aritmética fue considerada un signo eminente de inteligencia humana y dejó de serlo cuando las primeras calculadoras empezaron a realizar las principales operaciones aritméticas mecánicamente. Si esta provocadora afirmación es interesante es porque no sólo nos obliga a redefinir constantemente la inteligencia artificial, sino que nos apremia a redefinirnos a nosotros mismos.

Revista de Ciências do Estado: Dialogando más directamente con el tema de nuestro dossier, nos gustaría abordar el tema de la soberanía digital. Con la creación de internet y los espacios virtuales de lucha por el poder, se cuestiona la organización política tradicional de los Estados soberanos. Sabemos que existe una fricción entre el poder de las

Big Tech y el poder de los Estados en el espacio privado de internet y que los efectos de esta disputa en un contexto de sociedad crónicamente em línea son los más adversos. Entonces, ante este nuevo escenario, ¿cuáles son y serán las consecuencias positivas y negativas de este proceso?

Profesor Doctor Daniel Innerarity: Si pensamos en los rasgos generales que han caracterizado a la política global de los últimos años podemos comprobar un cambio que tiene mucho que ver con cierta evolución de la tecnología y su regulación. A finales del siglo pasado el discurso dominante aseguraba un paseo triunfal a la gobernanza más allá del Estado y se apoyaba en una visión más bien determinista de la tecnología, de la globalización, y de la relación entre ambas, consideradas esencialmente positivas. La soberanía parecía una realidad del pasado, un concepto que debería descansar en paz (Herzog). Prestigiosos académicos aseguraban que las tecnologías de la información debilitarían las estructuras políticas jerárquicas, que serían paulatinamente sustituidas por redes de gobernanza, donde gobernaría el saber experto y no los intereses. Las instituciones globales y su lógica de cooperación se fortalecían. Desde el punto de vista práctico, durante los años 90 China y Rusia incrementaron su participación en las organizaciones internacionales.

El actual paisaje político como consecuencia del impacto tecnológico es bien distinto. En lo relativo a la digitalización hemos pasado de un régimen liberal y abierto a otro privativo y cerrado, de la cooperación a la rivalidad. El cambio tecnológico ha convertido la interdependencia global en un espacio más conflictivo. El ideal de un internet liberal, tan poco regulado como sea posible, ha ido perdiendo apoyo en las últimas décadas. El gobierno chino reaccionó en los 90 estableciendo la llamada “Gran muralla de fuego” que le permitía inspeccionar las comunicaciones y bloquear dominios; Rusia creó lo que algunos han denominado "un telón de acero digital" para protegerse frente a interferencias exteriores y la Unión Europea tiene hoy sofisticado marco legal y regulatorio. En cada uno de estos casos, aunque coincidan los términos, con ellos se designan unas muy diferentes relaciones entre Estado y ciudadanía, con diversas implicaciones para la democracia; lo que comparten es una similar aspiración de autoridad sobre los procesos digitales y una desconfianza hacia su desarrollo descontrolado.

Por supuesto que constatar este cambio no quiere decir que internet fuera antes un ámbito sin dominación. El modelo liberal de economía de mercado para la gobernanza digital

favorecía de hecho los intereses norteamericanos y debilitaba los de los países menos desarrollados. El liderazgo tecnológico norteamericano ha ido acompañado desde el principio por la pretensión de establecer los estándares industriales. El desafío de regular la interdependencia se mezclaba con la preponderancia de determinados intereses económicos y estatales. Con la digitalización sucede algo similar a lo que pasa con las instituciones globales: que no son instrumentos políticamente neutrales sino que reflejan la distribución asimétrica del poder en el momento en el que se establecieron. La actual conflictividad en torno a la tecnología tiene mucho que ver con esta constatación. La fragmentación del espacio digital obedece a un intento por redistribuir de una manera más equilibrada las cartas del poder y pone de manifiesto lo lejos que estamos de un bien público global en materia de digitalización.

Como citar esta entrevista: INNERARITY, Daniel. Nuevos desafios en la era cibernética. Encuentadores: FONSECA, Theo Augusto Apolinário Moreira; RODRIGUES, Lucas Antônio Nogueira; BRAVO, Pedro Luiz de Jesus Beletabla. *Revista de Ciências do Estado*, Belo Horizonte, v. 9, n. 1, p. 1–9, 2024.

Realizada em 05.06.2024

Publicada em 30.06.2024



Atribuição-NãoComercial-CompartilhaIgual 4.0 Internacional